

El auge de la derecha y el futuro de la democracia

The Rise of the Right and the Future of Democracy

Salvador Carrillo García^{1, 2}

Tadeo Eduardo Hübbe Contreras³

Omar Alejandro Mendoza Silva³

ORCID:0000-0003-4521-622X,
Carrillo García, S.

ORCID: 0000-0002-1572-1818,
Hübbe Contreras, T. E.

ORCID: 0009-0004-1789-1046,
Mendoza Silva, O. A.

1. Centro Universitario de Tona-
lá Universidad de Guadalajara.

2. Sistema de Educación Media
Superior. Universidad de Gua-
dalajara.

3. Centro Universitario de Cien-
cias Sociales y Humanidades.
Universidad de Guadalajara.

Carrillo García, S., Hübbe Con-
treras, T. E. y Mendoza Silva, O.
A. (2026). El auge de la derecha
y el futuro de la democracia.
Concordia, 2 (4), 29-46.

Recibido: 08/06/2026

Aprobado: 07/08/2026

Resumen: El triunfo de Donald Trump ha alertado sobre el auge de la derecha, que deriva en la conquista de espacios de poder a nivel internacional. Este auge ha traído un cambio radical con efectos políticos, culturales y sociales diversos. Estas alertas se encienden, principalmente por la reinstauración de un pasado, que históricamente ha demostrado que los gobiernos de derecha (y con mayor auge de “ultra derecha”) han administrado bajo una política social errónea e irresponsable, a excepción de casos contados. Pues, en los últimos tiempos, ha sido evidente la presencia de grupos radicales de derecha que impulsan agendas agresivas, en algunos casos, de carácter antisistema, homofóbica, excluyente y, con mayor énfasis, en contra de la migración. Las implicaciones de estos grupos reaccionarios de derecha ponen en riesgo a las democracias representativas y liberales, a grupos vulnerables y sus libertades, así como a los derechos humanos.

Palabras clave: Derechos humanos; democracia.

Abstract: Donald Trump's victory has sounded the alarm regarding the rise of the Right, a trend resulting in the capture of positions of power on the international stage. This surge has brought about a radical shift with diverse political, cultural, and social consequences. These warnings are primarily triggered by the resurgence of a past era; history has shown that right-wing governments—and especially the rising "far-right"—have generally governed through flawed and irresponsible social policies, with only rare exceptions. In recent times, the presence of radical right-wing groups pushing aggressive agendas has become evident; these agendas are often anti-establishment, homophobic, exclusionary, and inequitable, while placing particular emphasis on opposition to migration. The actions of these reactionary right-wing groups jeopardize representative and liberal democracies, vulnerable populations and their freedoms, and fundamental human rights.

Keywords: Human rights; democracy.

Introducción

La llegada de Donald Trump a la Casa Blanca encendió las alertas sobre un auge de la derecha a nivel internacional y con ello, una escalada de políticos *outsiders* que conquistaban espacios de poder. Su base electoral buscaba hombres fuertes que desmontasen las políticas que, desde su perspectiva, han generado una descomposición social, a cambio de restaurar un pasado glorioso real o imaginado.

No es una situación exclusiva de Estados Unidos o del Partido Republicano. La presencia de grupos de derecha que impulsan agendas agresivas también existe en Europa y América Latina, donde han ganado representación en los parlamentos y gobiernos locales. Es evidente el crecimiento de propuestas de derecha y en algunos casos, movimientos de carácter antisistema y contrarios a la migración. No es un síntoma aislado, sino la consecuencia de procesos sociales y políticos que deben ser analizados.

Algunos autores han señalado que el llamado auge de las derechas se debe a la sofisticación del populismo como expresión de las democracias representativas. Más recientemente diversos análisis plantean la posibilidad de que estos grupos representan un retorno a proyectos fascistas, con similitudes a aquellos que conquistaron espacios hace cerca de un siglo y detonaron uno de los momentos más oscuros de la humanidad.

Por ejemplo, Millán Arroyo y Rodrigo Stumpf, han señalado:

El avance de estos grupos, entendido como el aumento de apoyos ciudadanos que se traducen en votos y la mayor influencia política y social de estas organizaciones, es un fenómeno global complejo, que se manifiesta en distintas regiones del mundo en distintos grados e intensidades. Un avance inquietante porque se interpreta como un debilitamiento de la democracia y la amenaza de un retroceso de las conquistas sociales alcanzadas durante largo tiempo. Una contestación reaccionaría al concepto de progreso que hasta ayer mismo parecía hegemónico. (Arroyo Menéndez & Stumpf González, 2020)

Pero, surgen las preguntas ¿Cómo influyen estos movimientos a la vulneración o incluso violación de los derechos humanos? ¿La sola presencia de grupos de ultra derecha es una amenaza a los sistemas democráticos? ¿Es la democracia misma la responsable de que existan y se conviertan en opciones viables de gobierno?

En el presente trabajo se analizarán las implicaciones de estos grupos y el posible riesgo que representan a las democracias representativas y liberales. También se analizará la naturaleza de sus demandas frente a la ampliación de los derechos

humanos y los discursos mediante los cuales buscan legitimar estas posturas.

La derecha y la izquierda, a pesar de todo

En la década de los ochentas, Norberto Bobbio (2010) criticó la postura según la cual las ideologías habían perdido vigencia y los conceptos como “izquierda” y “derecha” quedaron obsoletos. El desgaste del bloque socialista y el aparente avance del capitalismo como única opción propiciaron discursos optimistas sobre el triunfo de una guerra que no sucedió. Autores como Fukuyama (1992) quien posteriormente matizaría sus planteamientos, anunciaba el fin de la historia al que el del liberalismo político y económico se consolidaron como proyecto dominante.

Frente a ello Bobbio nos recordaba que la dialéctica entre posiciones políticas es necesaria para el desarrollo de la democracia misma y apelaba a recuperar la diada, si bien las ideologías capitalista y comunista estaban perdiendo fuerza y diluyendo algunos de sus principios elementales era necesario rescatar los polos entre derecha e izquierda y recuperar su esencia para mantener el debate político, la confrontación de ideas y proyectos de gobierno, necesarios para cualquier sistema que se digne de llamarse democrático.

Fiel a su pensamiento, el italiano encontró en el cambio político el germen que identifica a ambos polos del espectro. Para él, la izquierda se define como aquella postura política que buscará siempre propiciar los cambios en una sociedad, en tanto que la derecha los retrasará o evitará a toda costa. Otro elemento es la postura en torno a la desigualdad, mientras la derecha la concibe como algo que sucede de manera natural, la izquierda apelará por abatir sus causas y los distintos efectos que suceden en la sociedad. Para la izquierda los cambios deben suceder tarde o temprano y las sociedades democráticas los experimentarán de una u otra forma, partiendo de este supuesto, vería concretado su objetivo en algún momento de la historia. Mientras el rechazo a los cambios es el núcleo de la derecha misma, nace y bebe de una nostalgia que explota un aparente bienestar que reposa en la inmovilidad.

Monedero identifica la derecha con algo más que la resistencia al cambio o, como otros autores, a la defensa de una sociedad estamental, patriarcal o conservadora, sino a una fuerza devastadora estrechamente ligada a la pulsión de muerte. Para Monedero, el espectro político forma una diada, pero entre algo más allá de la práctica de la política sino del ejercicio de la crítica, la derecha hará todo lo posible por alterar la verdad o incluso crear una nueva que sea capaz de ajustarse a sus intereses, de perseguir a quienes la cuestionan y premiar a los que la acepten y defiendan. Tomando como base las posturas de Franco y Mussolini, el politólogo español ve con

rechazo y reservas a aquellas personas que se decantan por la derecha.

Por eso les gustan las teorías conspirativas, porque te llevan a donde quieres llegar y nadie puede demostrar que son falsas. Es, por lo general, gente que nunca se preguntó casi nada, pero que cuando hay problemas quiere culpables. A poder ser, que les exoneren a ellos de la más mínima responsabilidad, aunque sea haber votado a ese gobierno o a ese alcalde. Es muy de la derecha rechazar la más mínima crítica. Tampoco le van a echar la culpa a la economía de mercado, esa que antes se llamaba economía capitalista, porque eso les impediría regresar a ese pasado feliz de una vez superadas las dificultades, los mecanismos del pensamiento conservado un armario lleno de cachivaches útiles para justificar el egoísmo. (Monedero, 2015, pág. 154)

En esa misma época en que Bobbio apelaba al rescate de la diada, Laclau y Mouffe, (2015) advirtieron que la derecha se estaba sofisticando mediante el proyecto neoliberal, resignificando el capitalismo mismo y sus efectos en las sociedades. Las crisis económicas de los setentas fueron el caldo de cultivo ideal para replantear el papel del Estado de Bienestar y optaron por reducir las atribuciones de los estados nacionales a lo mínimo necesario. Así el neoconservadurismo o el neoliberalismo era la opción sencilla, instrumental y radicalmente utilitarista para deshacerse de las cargas que claramente habían sido mal gestionadas, dejando al mercado la responsabilidad y enfocando las funciones de la administración y el gobierno a la clase política no sin antes sembrar principios empresariales y de eficiencia a la naciente gestión pública.

La izquierda no podía quedarse atrás ante estos niveles de sofisticación. Antes bien, debía replantearse como una opción viable de gobierno para combatir esta nueva forma de entender a la derecha. Para ello se debía mostrar, con acciones de política pública y gobierno, la posibilidad de desmontar los efectos del neoliberalismo. Además, era necesario evaluar si era posible volver al Estado de Bienestar capaz de cumplir con sus objetivos y consolidarse en un esquema de democracia liberal y economía de mercado.

Bien lo menciona Cristóbal Rovira Kaltwasser (2014), citando a Bobbio, derecha e izquierda son conceptos antiéticos, uno existe gracias al otro; la distinción entre derecha e izquierda se sustentan en la concepción del ideal de la igualdad, dada uno desde su óptica, pues uno asume la desigualdad como algo natural y difícil de erradicar, mientras que el otro asume que la mayoría de las desigualdades son construidas socialmente.

El 9 de noviembre de 1989 el muro de Berlín cayó y el optimismo se expandió, un

mundo esperanzado en las supuestas bondades del capitalismo y que había erradicado los excesos del bloque comunista, que en verdad sucedieron, surgiría como parte de un nuevo orden mundial, el fascismo había sido derrotado con el fin de la Segunda Guerra Mundial, el comunismo con el muro y el capitalismo se mantenía como la mejor opción para que las democracias y el libre mercado se desarrollaran para beneficiar a las quienes adoptaran este modelo.

Al poco tiempo surgieron los movimientos identitarios y la izquierda se replantea agendas. Diversos grupos se movilizaron en torno a religiones, etnias, medio ambiente y otros tópicos como nuevas formas de resistencia ante el pensamiento único que buscaba establecerse, generando nuevos conflictos y expresiones políticas. De hecho se consolida el fenómeno terrorista contemporáneo, como un nuevo movimiento violento, distinto a los previos a la Segunda Guerra Mundial y posterior al término de la Guerra Fría. Por otra parte, proyectos socialdemócratas emergieron para contrarrestar los efectos económicos del neoliberalismo con agendas progresistas basadas en la reivindicación de los derechos laborales, la defensa al medio ambiente, la ampliación de los derechos humanos y el regreso del Estado nación como garante y responsable de la satisfacción de necesidades.

Tras la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, se creó la Declaración Universal de los Derechos Humanos¹ de 1948, en el que se estipuló, como un ideal común para todos los pueblos y naciones, los derechos fundamentales que deberán protegerse en el mundo entero. En su preámbulo inicial, considera que la libertad, la justicia y la paz en el mundo tiene su reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de los miembros de la familia humana. Las democracias liberales, representativas y capitalistas se instauraron como un modelo posterior a la Guerra Fría y las expresiones de izquierda y derecha se institucionalizaron en partidos dejando los movimientos sociales a una sociedad civil emergente con capacidad de agencia.

También afloraron los Derechos Humanos como directivas de convivencia en un mundo cada vez más interdependiente en materia económica y que debía, por lo tanto, proteger sus alianzas comerciales homologando políticas en favor de las sociedades, por ejemplo en México se creó la Comisión Nacional de Derechos Humanos en el contexto de las negociaciones del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) ya que se exigía frenar las constantes violaciones a los Derechos Humanos, con esto el auge del libre comercio se vio condicionado a una serie de acuerdos internacionales en que cada país podía establecer vínculos

1. Documento que se puede consultar en: <https://www.un.org/es/about-us/universal-declaration-of-human-rights>

y asociarse comercialmente con otros Estados siempre y cuando compartieran las mismas posturas.

Los derechos humanos se convirtieron en un aspecto a proteger y promover, y si una democracia los garantizaba, era más probable que los negocios fueran provechosos. Feimann apunta que la emergencia de las democracias de mercado fue una respuesta inmediata para inhibir regímenes autoritarios, luego la experiencia de dos guerras mundiales y el estado de shock permanente de la Guerra Fría, de la caída de las dictaduras latinoamericanas y la presencia de gobiernos teocráticos, era urgente retomar la democracia como sistema que apuesta por mediar el conflicto para la paz y la pluralidad y Estado de derecho como garantes de los derechos humanos.

El Estado democrático es aquel que puede juzgar, pero basándose en una ley que ha sido acordada por todos. En el Estado democrático, la libertad -que es lo que estamos planteando como fundamento de los derechos humanos - es la que tiene que reinar. Ahora, las organizaciones de los derechos humanos están para juzgar al Estado, porque si bien se puede consagrar democráticamente al Estado, éste puede desviarse de la vía democrática. Entonces están las organizaciones del pueblo de la civilidad, entre las cuales figuran las de los derechos humanos que juzgan los desvíos del Estado. (Feinmann, 2019, pág. 43)

La democracia sólo lo era, si estaba estrechamente vinculada al libre mercado, al capitalismo, era una democracia de mercado que inquietó antes de brindar certidumbre, generando críticas sobre la manera en que se debían imponer las democracias liberales en todo el globo, alterando el orden en otras latitudes como Medio Oriente o la África posterior al apartheid

Pero no podemos dejar de comprobar el desfase que existe entre esta modestia filosófica de la “democracia de mercado” y su pretensión política de tener sentido en todo el mundo. Fuera de Occidente, las pretensiones de la “democracia de mercado” de querer imponerse sin tener que justificarse son generadoras de tensiones políticas internacionales que por falta de algo mejor, acaban por expresarse y por exacerbarse en términos culturales. ¿A nombre de qué lograría Occidente presentar la democracia como un “bien” o como “algo mejor” si no logra definir ese “bien” ni justificar ese “mejor”? (Laïdi, 1999, pág. 61)

Fue en este momento en que el neoliberalismo se logró imponer en algunos países que decidieron adoptar esta lógica de mercado luego de la caída del bloque soviético y el aparente fracaso del Estado de bienestar. La suposición que los gobiernos serían más eficientes si dejaban al mercado la responsabilidad económica para concentrarse en la defensa de los derechos humanos parecía atractiva y en cierto punto, natural.

Pero la realidad siempre se impone y mostró que los gobiernos, al retroceder dejaban espacio al mercado y a agentes que antes no tenían cabida, y que los problemas se acentuarían y evolucionarían cada vez que la lógica del mercado buscaba una solución a lo social. De nuevo, no encontraríamos el egoísmo bien intencionado.

Pero a pesar de todos los cambios, la derecha y la izquierda se mantenían ahí, luchando por conquistar el poder e imponerse en el electorado, y más allá de él, sus proyectos de gobierno. Los tiempos de incertidumbres agravaron discursos que también se radicalizaron hasta alcanzar puntos alarmantes que no sólo amenazan los principios que hacen posible una democracia, sino la convivencia humana y uno de los legados más preciados que se han estado construyendo desde la modernidad, los derechos elementales, que ponderan, sobre todas las cosas, la dignidad de las personas y están en riesgo bajo discursos que exaltan el odio y la polarización, el desconocimiento del otro por un nosotros que se hunde en lo perverso.

Donde habitan los monstruos

¿Cómo se instala el odio en una agenda política? ¿qué hace que contagie a una base electoral y la confronte con los principios de convivencia más elementales y trastoque el orden institucional y erosione leyes, acuerdos y ponga en duda incluso conquistas históricas? Autores como Fukuyama advierten del surgimiento de movimientos identitarios cuya principal característica radica en la afinidad por lo local y las tradiciones de comunidades que ven amenazado su estilo de vida ante cambios sociales. Tanto Jason Stanley (2021) como Umberto Eco (2018) detectan características de un gobierno democrático que deriva en el fascismo y coinciden en varias de ellas como el rechazo al pensamiento crítico o el antiintelectualismo, el culto a la tradición o el pasado mítico, el machismo o la ansiedad sexual, la irrealidad o la obsesión por un enemigo, entre otras. Pero muchas de estas características son explotadas en una sociedad en la que yacen estas posturas y son aprovechadas por un grupo político, generalmente en una situación adversa en que pareciera perderse el sentido y rumbo. Una crisis en que las instituciones y las leyes no son suficientes para mejorar la realidad y se pone como opción la figura de hombres fuertes capaces de retar a todo y todos a cambio de restablecer un orden perdido y que automáticamente limpiará el mal del mundo, una restauración providencial que nos volverá a antes de la caída, que los otros, los descarriados y los enemigos han provocado.

Estas características afectan a las agendas de derechos humanos que han empujado la ampliación de derechos en las sociedades y terminan por dañar los derechos de quienes se oponen a estas prácticas. Es un efecto búmeran que apenas inicia la elipse y no hemos visto por completo su trayectoria. El ascenso y lamentable caída de Charlie

Kirk como vocero republicano e *influencer* del movimiento MAGA (*Make America Great Again*) demostró que los discursos de odio y exaltación de la violencia pueden volverse contra cualquiera que se radicalice al considerar su privilegio amenazado, cuando se rompe el sentido de comunidad siempre habrá alguien más ofendido y dispuesto a defenderse que el más impulsivo que podamos enfrentar. El derecho a portar armas que tanto defendió Kirk propició, en última instancia, que alguien enardecido y convencido de su propia interpretación de la libertad descargara su ira sobre el cuerpo del conferencista.

Para destacados republicanos, las dos principales reacciones al asesinato de Charlie Kirk han sido la firme decisión de continuar con su labor de organización política conservadora y, para algunos, la tendencia a culpar —en palabras del presidente Trump— a “lunáticos de la izquierda radical”²

No existe más la verdad, sólo las interpelaciones, cabría la analogía a Nietzsche. Los grupos anti inmigrantes que participan voluntariamente en las redadas del Servicio de Control de Inmigración y Aduanas (*U.S. Immigration and Customs Enforcement ICE*) en ciudades santuario han sido rechazados por medio de la fuerza y experimentado, en carne propia que su misión puede estar protegida por la legalidad pero que la legitimidad de sus acciones está fuera de su rango, y quiénes agreden sus insignias y sus cuerpos actúan también en aguas turbias, en la ilegalidad por atentar contra un funcionario, dejando la legitimidad a un lado, porque no hay otra forma de resistencia que la violencia para frenar la violencia misma que viene de la incapacidad del gobierno federal del Presidente Trump para cumplir su promesa de expulsar a los inmigrantes indocumentados: los recortes tan alegremente anunciados cortaron las posibilidades para cumplir, y para evitar el fracaso y como buenos neoliberales, trasladaron el problema a la gente y echaron mano del odio infundido para hacerlo política pública.

En pocas palabras, los efectos se traducen en un máximo control del Partido Republicano, trasladándose a una postura más populista, proteccionista y nacionalista extremo; en una falta de credibilidad hacia las instituciones promotoras de la democracia y los derechos políticos, como las que son parte del sistema electoral y los medios de comunicación corporativos que no son afines a la política trumpista; en el impulso de discurso “*America First*”, que implica guerras comerciales y aumento de aranceles a las corporaciones extranjeras con el objetivo de proteger la industria estadounidense; en el incremento de la violencia a consecuencia del discurso de odio; y nuevamente, con un trasfondo económico, al intervencionismo en otras naciones,

2. <https://www.npr.org/2025/09/22/nx-s1-5549407/charlie-kirk-memorial-republican-party-trump-revival-retribution>

como sucede en Venezuela e Irán.

La ideología contra lo *woke* y sus implicaciones en derechos humanos

Los grupos de derecha se han caracterizado por impulsar agendas en contra de lo que consideran una ideología *woke* para referirse a políticas de identidad de género, despenalización de sustancias, matrimonios entre personas del mismo sexo, defensa del medio ambiente, tolerancia religiosa, xenofobia, lenguaje incluyente, entre otras. Son posturas que se han visibilizado como una reacción a políticas que impulsan estos temas y que, a consideración de estos grupos deben revertirse o evitarse a toda costa. Partidos de corte conservador o de derecha se han manifestado abiertamente en contra de estas medidas radicalizando el lenguaje político y catapultando personajes que acceden a las plataformas electorales como medio para alcanzar el poder político. Los casos son representativos en diversas latitudes e incluyen a Donald Trump en Estados Unidos, Javier Milei en Argentina, Nayib Bukele en El Salvador, la familia Le Pen en Francia, Ricardo Salinas Pliego y Eduardo Verástegui en México entre muchos otros. Pero su ideología se ha venido construyendo gracias a diversas condiciones políticas e incluso geográficas diferentes, aunque con grandes similitudes. Es una ideología basada en el odio y la negación del otro, en un individualismo exacerbado y una fuerte carga religiosa para sustentarse moralmente y crear afinidades políticas mediante el uso de las emociones y el rechazo a la intelectualidad y la razón. Es una práctica claramente identificable y que se alimenta día con día con severas críticas y uniforman un discurso replicable en distintas localidades. Es una forma de ver el mundo que busca adeptos capaces de replicar y alimentar este odio en sus propios círculos, erosionando las instituciones democráticas y tomándolas como base para dar paso al populismo o una expresión más radical, el fascismo.

Para impulsar sus agendas, los grupos de extrema derecha recurren a dos elementos de la comunicación política, la propaganda y la construcción de la realidad. El primer elemento echa mano de la maquinaria del Estado para construir y divulgar discursos mediante distintos canales de comunicación asfixiando aquellos que pueden ser críticos a dicho discurso. La propaganda no solamente afecta a los medios de comunicación formales sino que se cuela en las redes sociales y en los medios de difusión de los poderes y órganos de representación. Estamos hablando de canales, no de discurso en sí.

El segundo elemento es más peligroso ya que consta de los mensajes que habrán de difundirse en los canales seleccionados. El discurso se construye con la descalificación de hechos comprobables a costa de percepciones generadas o bien de la descalificación de voces autorizadas mediante un tufo antiintelectual. Casos

tan graves han llegado a temas como la salud pública en que las propias autoridades sanitarias desestiman hechos científicos por adjudicarles alguna postura ideológica o señalarlos directamente de atacar al gobierno o gobernante en turno, contradiciendo sus políticas. Este antiintelectualismo también afecta a pensadores, investigadores, universidades o centros de estudio a los que se les vincula con intereses extranjeros, agendas golpistas o “progres”.

De aquí que surjan movimientos tan disímiles como los antivacunas cuyos efectos trajeron de vuelta brotes de sarampión, de teorías conspiratorias en que cierto partido o sector poblacional obedecen a alienígenas o grupos de intereses manipulados por George Soros para impulsar la agenda 2030, eliminar la sobrepoblación o impulsar agendas de género, lo que sea que eso signifique.

La realidad siempre es mucho más compleja que el modo que tenemos nosotros de representarla. El lenguaje científico necesita echar mano de una terminología todavía más compleja para poder realizar distinciones que de otro modo serían invisibles. Y la realidad social es por lo menos igual de compleja que la realidad de la física, por ejemplo. En una democracia sana, una lengua de comunicación con un vocabulario variado que permita puntualizar y distinguir ideas pasa a ser una institución democrática importantísima. Sin ella, el debate público sano resulta imposible. (Stanley, 2021, pág. 58)

No sólo se trata de cooptar los canales de comunicación y el discurso sino de apropiarse de la realidad e imponer una propia, la post verdad se abre como una posibilidad de los grupos de derecha para descalificar críticas o señalamientos y fortalece los discursos de odio con los que instiga. El párrafo anterior se refiere a la realidad social como uno de los puntos a atacar y lo es ya que deslegitima cualquier argumento que no esté alineado al discurso oficial. El diálogo como motor de la vida pública, se detiene y se proscribe.

Se trata de un asalto a la razón y una lucha por la verdad para justificar acciones. Paradójicamente, no existe margen para la mentira o la desinformación, al menos no del lado de quienes denuncian, la verdad les asiste y acude a su proyecto como una decisión providencial que debe seguirse y que la Historia ha definido, quien se oponga, se opone al curso mismo de lo inevitable y atenta contra un destino reivindicador. El misticismo de la derecha radica en exponer la caída y llenar de culpa al otro y tomar el rumbo nuevamente para restablecer el orden natural de las cosas, que nunca debió perderse y al que debemos de proteger y prevalecer, pues está en un riesgo permanente. La pérdida y la incertidumbre son el costo por pagar si decidimos aventurarnos.

De la democracia representativa al populismo

En este sentido, Nadia Urbinati teoriza sobre cómo el populismo afecta a la democracia y los derechos de las personas a un buen gobierno. Los candidatos y gobernantes populistas, de acuerdo a la autora, tienen una característica en común y es buscar eliminar el principio de representación política de las instituciones formales para que el líder tenga un vínculo directo con la población, un vínculo basado en explotar el sentimentalismo en lugar de fomentar la ciudadanía crítica y activa. El populismo entonces daña la democracia afectando sus propios principios y destruyéndolos, desfigurándola sin que nos demos cuenta de su desgaste, rechazando que está dejando de serlo, pero no ha logrado convertirse en otra cosa.

El populismo es, entonces, “parasitario” de la democracia representativa, es decir, no es externo a ella, sino que compite con ella en el significado y el uso de la representación o en la forma de detectar, afirmar y gestionar la voluntad del pueblo. Además, si logra dominar el Estado democrático, puede modificar radicalmente su figura e incluso abrir las puertas hacia un cambio de régimen. (Urbinati, 2023, pág. 179)

Para que este tipo de ideas sean exitosas, es necesario construir un discurso sólido y convincente.

Partiendo de Gramsci (2019) que pensaba que el dominio político era más sutil y evidente desde lo cultural que permite que conductas se normalicen y defiendan por la colectividad hasta Žižek (2022) que considera que la ideología se manifiesta en las actividades cotidianas de las personas y va moldeando y formándose en ideas y proyectos políticos a medida que estas expresiones se sistematizan, las ideas “flotan” en la sociedad y necesitan un “acolchamiento” donde reposar y concretarse, para idealizarse nuevamente en lo simbólico y lo abstracto, en un sistema de pensamiento que incluso en lo contradictorio esconde lo evidente, y lo hace obvio. La ideología de derecha permea exitosamente en las personas gracias a que quienes instigan sus posturas las hacen evidentes en el día a día de la gente y explotan el argumento que atentan o ponen en riesgo su estilo de vida o bien serían afectados en el ámbito personal o de su círculo más cercano. Es un proyecto meramente reaccionario que apuesta por restaurar un orden previo y que busca cubrir un vacío que es evidenciado y magnificado por aquellos que les beneficia impulsar estas agendas.

... la construcción ideológica siempre encuentra sus límites en el terreno de la experiencia diaria - que es incapaz de reducir, de contener, de absorber y de aniquilar este nivel. Una ideología “se apodera de nosotros” realmente solo cuando no te sentimos ninguna oposición entre ella y la realidad - a saber, cuando la ideología consigue determinar el modo de nuestra

experiencia cotidiana de la realidad. Una ideología en realidad triunfa cuando incluso los hechos que a primera vista la contradicen empiecen a funcionar como argumentaciones en su favor. (Žižek, 2022, pág. 57)

Przeworski retoma una encuesta a europeos de 2014 para ilustrar cómo la gente busca un culpable de las desgracias de una población, lejos de la función política, parece haber cierta predilección por “alguien” que debe tener rostro, facciones y costumbres claras para identificar y señalar. La encuesta apuntaba a cuatro “dimensiones” que los encuestados debían señalar: pobres y ricos, gerentes y empleados, viejos y jóvenes y migrantes. El autor señala esto como una señal de cuando las democracias entran en crisis y rechazan uno de sus principios elementales, el pluralismo y la subsecuente tolerancia

Se podría pensar que algunos se encontrarían el culpable de su situación entre los ricos, otros entre los directivos, otros en los ingresos fuera de proporción de los ancianos y en algunos otros culparían a los inmigrantes. Sin embargo, las personas que perciben alta tensión una dimensión también la perciben en el resto de las dimensiones. Ni la clase ni la ideología racista ejerce una influencia clara en el modo en que las personas se analicen sus condiciones. Culpan a todos porque no saben a quién culpar. (Przeworski, 2022, pág. 150)

El populismo entonces no sólo toma por asalto la representatividad política y pulveriza las instituciones, sino que reduce a cada uno de los individuos que conforman la sociedad a una masa homogénea cuya principal función es la de obedecer al líder, que tiene la misión providencial de restaurar un orden natural de las cosas que se perdieron, que pervirtieron y destrozaron al Pueblo.

Es una concentración del poder político peligroso, la pérdida de la verdad y la razón, el sacrificio incluso del derecho de cada persona a llevar a cabo su proyecto de vida a cambio de la satisfacción del líder y que la Nación alcance y cumpla con sus objetivos.

Pero al igual que la democracia puede ser el germen del populismo y los gobiernos autoritarios al no respetarse los propios límites que establece la democracia en delimitar el poder político y mantener los equilibrios, de la democracia liberal y representativa puede nacer el totalitarismo, donde todo el control político y la única voz autorizada para ejercer el poder se encuentra en un solo grupo, con una de las ideologías más severas con los derechos humanos.

Arendt no sólo conoció sus inicios y siguió su historia hasta su caída, sino que sufrió y padeció los efectos de una de sus expresiones más representativas en la Alemania

de las primeras décadas del siglo pasado.

A la verdadera naturaleza de los regímenes totalitarios corresponde exigir el poder ilimitado. Semejante poder sólo puede ser afirmado sin literalmente todos los hombres, sin una sola excepción, son fiablemente dominados en cada aspecto de la vida. En el terreno de los asuntos exteriores, deben ser constantemente subyugados nuevos territorios neutrales, mientras que en el interior nuevos grupos humanos deben ser cuidadosamente dominados en los cada vez más numerosos campos de concentración o, cuando las circunstancias lo requieran, liquidados para dejar sitio a otros. La cuestión de la oposición carece de importancia, tanto en los asuntos exteriores como los internos. Cualquier neutralidad, y, desde luego, cualquier amistad espontáneamente otorgada, es, desde el punto de vista de la dominación totalitaria, simplemente tan peligrosa como la hostilidad declarada, precisamente porque la espontaneidad como tal, con su imprevisibilidad, constituye el mayor de los obstáculos a la dominación total del hombre. (Arendt, 2000, pág. 677)

Paradójicamente, los movimientos totalitarios, como los llamó Arendt, o fascismo como se ha generalizado, deshumanizan al enemigo como a su propia base, el sujeto es despojado de su capacidad de agencia y su propia naturaleza para rendirse ante el líder, cuyas cualidades son suficientes para defendernos. No es combatir la atomización del individuo fomentando la colectivización de la vida pública, es pulverizar al sujeto para alimentar una masa que deje de pensar, de exigir y de actuar, que obedezca; como ya se señaló, la extrema derecha apuesta por la inmovilización de la gente, pero se arroja a los designios del líder.

41

Todo régimen autoritario reprime desde un absoluto, que puede ser el partido, la democracia occidental o el dogma eclesiástico, tal como lo era en la etapa de la Inquisición. Se necesita de un absoluto para reprimir desde ahí. Todo absoluto está contra los derechos humanos, porque la esencia de los derechos humanos es la libertad. No puede haber derechos humanos sin libertad, y todo régimen autoritario elimina la libertad. No puede haber libertad bajo el autoritarismo. El autoritarismo sólo concibe lo uno, lo solo, existe lo uno. Esa es la concepción de lo autoritario. Lo antiautoritario es la valoración de lo múltiple. También lo múltiple se concibe con contradicciones, antagonismos y luchas internas, pero es lo múltiple. (Feinmann, 2019, pág. 42)

El paso del populismo al fascismo es un riesgo latente, en tan solo una década la discusión llevó una expresión de gobierno a la posibilidad de regímenes terribles, la derecha se ha ido radicalizando en poco tiempo, desde la deformación de la democracia representativa por un estilo de gobernar más directo, a un régimen de gobierno que se esmera por dinamitar los procesos democráticos, por instalar la violencia como la

manera más efectiva para la solución de conflictos. Porque la violencia es una de las principales características del fascismo, y como la propia Arendt vaticinó, cuando ésta se hace presente, es porque la política ha sido relegada. Fichelstein (Bravo Regidor, 2025, pág. 70) enumera cuatro características de un gobierno que transita de la democracia al populismo y finalmente, al fascismo: la dictadura, la política del odio extremo como formadora de enemigos absolutos, la violencia política para legitimar y asfixiar la pluralidad a través de la fuerza y la mentira, para construir su propia narrativa.

Y para todo esto, hay que llegar al punto de prescindir de la dignidad humana del otro, al que se ha despojado, al que se debe de eliminar, al que no es merecedor de derechos, que deben ser una exclusividad de los afectos al régimen.

Donald Trump fue electo presidente de los Estados Unidos el 8 de noviembre de 2016, con una plataforma populista, nacional-xenofóbica y proteccionista. Su gobierno se caracterizó por ser *crowd pleasing*, es decir, su discurso se concentró en decirle a la gente lo que quería escuchar. Sin nada que perder y mucho que ganar, logró un gran control de los medios, sobre todo sociales, y descalificar a aquellos que se le oponían (que no fue relevante, eficaz y contundente el argumento opositor hacia la política de Trump). Ocho años después la formula volvería a funcionar. Además, el triunfo de Donald Trump en 2016 evidenció el obsoleto sistema electoral estadounidense que permitió su reelección y triunfo en 2025, y el frágil equilibrio del que depende su legitimidad.

Los derechos en riesgo

Los gobiernos de derecha han arremetido contra los principios elementales de la democracia escalando posiciones a costa de la democracia misma, con sus reglas y mecanismos, conquistando el poder político y afectando los derechos de las personas, no sólo de aquellas que no forman parte de su proyecto político, sino de sus mismos afectos.

Autores han dedicado muchas páginas para alertar esta situación, señalando la presencia de figuras con características en común como el rechazo a la política formal, a la deliberación, un apego extraño a las ideas simples y las soluciones inmediatas y poco probables, un odio al otro, al que se le construye para conformar un culpable, un enemigo.

El claro ejemplo lo visibiliza el gobierno de Trump. *Human Rights Watch* lo ha señalado, el segundo mandato de Donald Trump ha socavado los derechos humanos

en los Estados Unidos y en todo el mundo. Señala que, desde los derechos de las mujeres y la libertad reproductiva hasta los derechos de los inmigrantes, los derechos de las personas lesbianas, gays, bisexuales y transgénero, y los riesgos para el progreso ambiental, las personas están experimentando una disminución de sus derechos y que aún hay mucho en juego. Menciona:

“La actual administración Trump ha redoblado su apuesta por el historial de abusos contra los derechos humanos de su primer mandato, su apoyo a los partidarios e ideología supremacista blancos, las políticas antidemocráticas y contrarias a los derechos humanos implementadas, las redadas masivas, la detención y la deportación de miles de inmigrantes, incluyendo a alguno de sus ciudadanos, y la eliminación de la rendición de cuentas y la transparencia gubernamentales, además de la instrumentalización del gobierno contra los opositores políticos. La actual administración Trump también ha recortado drásticamente y letalmente la ayuda exterior, incluyendo los esfuerzos en materia de derechos humanos, y se está asociando con gobiernos que violan derechos humanos de maneras que alimentan el creciente autoritarismo en todo el mundo”.³

Su sola presencia y sus triunfos son todo menos circunstanciales, el rechazo a políticas de avanzada y la complejidad de la democracia ha sido constante en sociedades que aspiran a la autocracia y que han sido heridas por el paso de la historia. Ya sea por conflictos bélicos, el modelo económico o la desigualdad estructural, se aprovecha la nostalgia que se induce para echar por la borda la posibilidad de cada sociedad por mejorar y rendirse a la solución sencilla, la que solo cuesta una parte de la libertad.

Nuestra sociedad ha crecido bajo el concepto de la simplicidad como paradigma, donde se busca el punto más cercano, lo más rápido e inmediato sin problematizar. La cuestión es que la realidad tiene otros caminos, tal como lo mencionó Edgar Morín (1999), con su pensamiento complejo. La sociedad moderna se vuelto más compleja, ha pasado de la unicidad medieval a la complejidad contemporánea, con esto es imposible entendernos desde una sola perspectiva pues apelamos a un mundo que solo existe en los libros, pero no en la calle. El modelo de sociedad basado en los Derechos Humanos se nutre de la complejidad y su búsqueda por procesar los conflictos algo que choca con las posturas radicales de derecha.

Cuando pensamos en ceder un poco, aunque sea el mínimo de libertad por la estabilidad estamos perdidos. Si bien la incertidumbre es un hecho incómodo es lo que ha acompañado a la humanidad en su camino, es la que motiva a la política

3. Se puede consultar el siguiente sitio web: https://www-hrw-org.translate.goog/tag/the-trump-administration-and-human-rights?_x_tr_sl=en&_x_tr_tl=es&_x_tr_hl=es&_x_tr_pto=tc

para encontrar soluciones en conjunto, es gracias a la incertidumbre que podemos emprender la carrera por uno mismo y con eso, de todos.

Tener certeza hace que nos detengamos. Y aunque todos aspiremos a ella, no lograremos mantenerla lo suficiente mientras no tengamos presente que nadie sino nosotros lograremos procurarnos el bienestar. Ceder la libertad es acabar con la humanidad misma. Es renunciar a la dignidad que se ve expresada en los derechos, es derrumbar el sentido mismo de vivir en sociedad y en construir mecanismos sofisticados, entramados costosos en todo sentido como el Estado y las abstracciones, las fábulas que nos hemos inventado para darnos sentido.

Todos defendemos nuestras historias, por más irreales que parezcan, Harari (2022) decía que es lo que nos hace humanos, la posibilidad de imaginar y narrarle al otro lo que creemos, de lo que nos hemos convencido, persuadir es parte de ser lo que somos, ya sea en la plática, en la palabra escrita, en los hechos. Tenemos la necesidad de hacer propios de nuestras causas a los demás y con eso hacemos la afinidad. Pero también eso sirve para lo perverso, para el daño inferido, para destruir y tener elementos para justificarnos.

Parece que la democracia y los derechos humanos están en riesgo. Creo que el pesimismo es más esperanzador en tiempos tristes. No se debe dar tanta importancia a figurines como Bolsonaro, como Trump, como Bukele, como Milei. Su amenaza no es suficiente ante lo que representan, ante lo que han logrado. Nos han asustado, nos han puesto a dudar de si lo que hemos alcanzado no era suficiente, ni necesario. Creo que la democracia siempre ha estado en riesgo, que un sistema que debe apelar por las minorías es un asunto incómodo para quienes viven en la comodidad de la hegemonía, que siempre hemos estado en peligro de que las voces que critican y van contra la corriente sean aplastadas. Que el otro en verdad es incómodo y se hace todo lo posible por sofocarlo.

El reto para la democracia y los derechos humanos es el mismo que Bobbio (2010) detectó, ante una sociedad que va complejizándose crecen las demandas, lo que implica crecer en burocracia lo que lleva al descontento de la población por no acceder a los derechos que la democracia dice ofrecer. Los derechos humanos están en una posición similar donde las posturas radicales ofrecen la salida del líder carismático ante una parálisis institucional.

La democracia atenta contra los que buscan tener el poder y usarlo para sí, y esos son la mayoría de los seres humanos. Hobbes (2018) no se equivocaba al desnudar nuestra

naturaleza. La democracia es un invento y como algo artificial puede acabarse. La democracia en verdad apela al desprotegido y a defendernos del poderoso, y también los derechos. En un diálogo casi monástico Sicilia y Jacobo Dayán (2025) lanzan un dardo tomista, civilizatorio si lo vemos desde Occidente: el sistema de convivencia al que le hemos dado instituciones, leyes y contrapesos tiene un profundo génesis en la compasión que crearon los padres de la Iglesia. La democracia y los derechos son adeptos al prójimo antes que al ciudadano, la ética pública no se fortalece en códigos, se prende en incienso. Retomar sus principios es retomar la humanidad que no se ha perdido, antes bien, se ha dejado en el camino, como escombros que se confunden con todo lo que hemos desechado y arrumbado para no cargar con aquello que nos sea útil, que sea intercambiable, que tenga un valor monetario.

La derecha apela al pasado construido desde el odio, que pulsa en la muerte para saltar en nuestras venas, para sentirla en las sienes, para explotar. Hay otra postura que apuesta a la vida, a salvar aquello por lo que hemos luchado y sufrido, por lo que no debe repetirse. Por hacernos responsables de nuestro presente y la misión eterna de hacernos un pasado dichoso, pero al que nunca debemos volver porque ahí nace la melancolía que nos ataja el camino.

Bibliografía

- Arendt, H. (2000). *Los orígenes del totalitarismo*. Alianza Editorial.
- Arroyo Menéndez, M., y Stumpf González, R. (2020). El avance de la extrema derecha en América Latina y Europa. *Política y sociedad*, 57(3), 641-646.
- Bobbio, N. (2010). *El futuro de la democracia*. Fondo de Cultura Económica.
- Bravo Regidor, C. (2025). *Mar de dudas. Conversaciones para navegar el desconcierto*. Grano de Sal.
- Eco, U. (2018). *Contra el fascismo*. LUMEN.
- Feinmann, J. P. (2019). *Filosofía y derechos humanos*. Buenos Aires: Planeta.
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta.
- Gramsci, A. (2019). *Antología*. Siglo XXI.
- Harari, Y. N. (2022). *Sapiens. De animales a dioses*. DEBATE.
- Hobbes, T. (2018). *Leviatán, o La materia, forma y poder de un estado eclesiástico y civil*. Alianza Editorial.
- Laclau, E., y Mouffe, C. (2015). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Fondo de Cultura Económica.
- Laïdi, Z. (1999). *Un mundo sin sentido*. Fondo de Cultura Económica.
- Monedero, J. C. (2015). *Curso urgente de política para gente decente*. Madrid: Paidós.
- Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*.

Magisterio.

Przeworski, A. (2022). *Las crisis de la democracia: ¿Adónde pueden llevarnos el desgaste institucional y la polarización?* México: Siglo XXI Editores.

Rovira Kaltwasser, C. (2014). La derecha en América Latina y su lucha contra la adversidad. *Nueva Sociedad* (254), 34-45.

Sicilia, J., y Dayán, J. (2025). *Crisis o apocalipsis: El mal en nuestro tiempo*. Taurus.

Stanley, J. (2021). *Facha. Cómo funciona el fascismo*. Blackie Books.

Urbinati, N. (2023). *Democracia desfigurada. La opinión, la verdad y el pueblo*. Prometeo Libros.

Žižek, S. (2022). *Contra la tentación populista*. Buenos Aires: Ediciones Godot.